

# Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

## 11. Hacia la santidad de vida





**HACIA LA SANTIDAD DE VIDA  
DESDE EL ABANDONO Y LA CONFIANZA.  
EL CAMINO DE LA ‘INFANCIA ESPIRITUAL’  
DE SANTA TERESA DE LISIEUX**

*Nadie es en tanto grado él mismo como el santo,  
que se ajusta al plan de Dios  
y pone a su disposición su ser entero,  
su cuerpo, alma y espíritu*  
(H. Urs von Baltahasar)

## **INTRODUCCIÓN**

Con el fin de fundamentar la siguiente reflexión en los presupuestos mismos con los que se ha convocado este *Año de la santidad* en las comunidades religiosas y las fraternidades seculares agustinas recoletas, la iniciamos con las palabras que el prior general dirige a todos los religiosos de la Orden con motivo de dicha convocatoria:

Cada uno de nosotros está llamado a vivir la santidad en la Iglesia con fidelidad al carisma recibido y desde la coherencia de vida, la disponibilidad para evangelizar y el servicio a los más pobres. Los agustinos recoletos deseamos revitalizar la Orden y para ello cada uno debe sentirse personalmente llamado a la santidad, a una santidad tanto personal como comunitaria y pastoral, para responder hoy como lo hicieron en su tiempo nuestros santos<sup>1</sup>.

Y añada estas palabras de la exhortación apostólica *Vita consecrata* del papa Juan Pablo II:

Reproducir con valor la santidad audaz y creativa de nuestros hermanos en respuesta a los signos de los tiempos actuales (VC 37).

---

<sup>1</sup> M. Miró, ‘Año de la santidad 2017. Llamados a ser santos’: *Carta a todos los religiosos de la Orden*, Roma, 2 de febrero de 2017.

Qué duda cabe que reavivar en nosotros el deseo de ser santos pasa por plantearse de nuevo este ideal, quizá para muchos un tanto olvidado en aquel raptó amoroso que suscitó el llamado del Señor en los años jóvenes, a la luz del camino recorrido y de las circunstancias actuales, tanto personales como comunitarias. De igual modo requiere asumir los nuevos retos que plantea la respuesta necesariamente actualizada a la vocación recibida, la vida gastada en el ministerio, la permanencia en el trabajo y el servicio apostólicos, cuando ya las fuerzas mermán y parece que se va apagando el entusiasmo y la confianza.

Sin embargo, es un buen momento para lanzar de nuevo, en el marco de la *revitalización* que está acometiendo la Orden, el grito de una respuesta siempre radical y esperanzada, con la confianza de que nunca nos va a fallar el don de la gracia divina y con la certeza de que el Señor siempre camina a nuestro lado y nos da la fuerza para seguirlo y testimoniarlo, a pesar de nuestras fragilidades.

En un primer apartado realizaremos un recorrido genérico sobre la santidad en la Iglesia, con algunas anotaciones históricas. Este recorrido permitirá que, en la segunda parte de esta colaboración, se desarrolle una propuesta más de *actitud* que de *método*: un *camino sencillo*, apto para todos, de vivir la santidad en lo cotidiano. Para ello seguiremos el magisterio de santa Teresa del Niño Jesús.

La joven monja de Lisieux no elaboró un método como tal. No existe en su ‘caminito’ una sistematización de su doctrina espiritual, porque su reflexión se confunde con su vida y su vida está toda ella entregada e inmersa en el amor de Dios, de modo que se hace experiencia en ese modo de vivir la fe que es la *infancia espiritual*, aunque en sus escritos nunca utilice esta expresión. Dicha formulación tiene un antecedente conceptual y teológico en la Escritura. Esta forma de situarse el hombre ante Dios presenta dos componentes principales que comentaremos a lo largo de estas páginas: la humildad y la conciencia de la paternidad divina, con lo que este sentimiento implica de confianza sin límites.

Se trata, entonces, de la experiencia profundamente bíblica de la santa de Lisieux –véanse los profetas (Isaías, Amós, Sofonías), los libros poéticos (Salmos) o sapienciales (Sabiduría), así como los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas–; de una forma de vivir en Dios y desde Dios en la que la mística carmelita nos presenta un ramillete de actitudes sencillas –que no simples o infantiles–, cuyo fundamento es el *abandono* y la *confianza* propios de los niños. Jesús es quien le brinda la pauta para descubrir cómo el hombre, consciente de su pequeñez, encuentra las claves para elevarse hasta Dios y dejarse llevar en sus brazos, siempre confiado, como los niños, en su amor providente e incondicional:

En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: ‘¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?’. El llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: ‘Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el Reino de los Cielos’ (Mt 18, 1-4).

Así lo refiere expresamente ella en el *Manuscrito B* de su autobiografía, escrito poco antes de su muerte:

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre<sup>2</sup>.

Su *caminito*, o *la petite voie* como lo llama ella, ha cautivado a tantos desde su muerte (1897) que ha contado con la adhesión incondicional de los pontífices del siglo pasado y con la especial devoción del papa Francisco, quien, antes de sus viajes, pide que Teresita le envíe desde el cielo una rosa blanca en señal de su fiel intercesión:

Cuando tengo un problema, lo confío a ella. No le pido que lo resuelva, solo que lo tenga entre sus manos y que me ayude; como señal, recibo casi siempre una rosa blanca<sup>3</sup>.

Y ¿quién no ha sentido que el papa Francisco se nos presenta a veces con la misma sencillez, espontaneidad y frescura propia de los niños que tanto cautivan en la santa de Lisieux? Así lo ha expresado invitando a los fieles a seguir su ejemplo:

En la festividad de santa Teresita, nos hará bien reflexionar en el espíritu de humildad, de ternura, de bondad. Un espíritu humilde que el Señor quiere de todos nosotros. ¿Dónde está, por lo tanto, la fuerza que nos conduce a este espíritu? Precisamente en el amor, en la caridad, en la conciencia de que estamos en las manos del Padre<sup>4</sup>.

Vamos, pues, a hacer un breve recorrido por *la petite voie*, el caminito de *la infancia espiritual* que nos ofrece santa Teresita, “la santa más grande de los tiempos modernos”, como la calificó san Pío X<sup>5</sup>.

## 1. ACERCA DE LA SANTIDAD

En su esencia, la santidad se identifica con la caridad, es decir, el amor en su sentido más puro; y la santificación no es otra cosa que el camino hacia una caridad más grande para con Dios y para con el prójimo. Pero la caridad no encuentra su fuente en el hombre, sino en Dios:

Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo... Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros (1Jn 4, 8.10-11).

Así, el amor del hombre a Dios y de los hombres entre sí solo puede ser una respuesta al amor de Dios por el hombre. En estas condiciones, la santidad y la

<sup>2</sup> Teresa de Lisieux, ‘Manuscrito B’: *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1998, 254.

<sup>3</sup>[https://books.google.es/books?id=5\\_cVCgAAQBAJ&pg=PT77&lpg=PT77&dq=%22cuando+tengo+un+problema%22+francisco&source=bl&ots=S4VchcPIdn&sig=Zs6Penv\\_JQnrSbZ5LF9Z9rwlZeM&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiHjouk6qnXAhVEXBQKHdlHBJMQ6AEIOjAD#v=onepage&q=%22cuando%20tengo%20un%20problema%22%20francisco&f=false](https://books.google.es/books?id=5_cVCgAAQBAJ&pg=PT77&lpg=PT77&dq=%22cuando+tengo+un+problema%22+francisco&source=bl&ots=S4VchcPIdn&sig=Zs6Penv_JQnrSbZ5LF9Z9rwlZeM&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiHjouk6qnXAhVEXBQKHdlHBJMQ6AEIOjAD#v=onepage&q=%22cuando%20tengo%20un%20problema%22%20francisco&f=false)

<sup>4</sup> Francisco, ‘Homilía del 1º de octubre de 2013’: <http://webcatolicodejavier.org/terepapas.html>.

<sup>5</sup> San Pío X no tuvo ninguna duda respecto al legado espiritual de la joven del Carmelo de Lisieux. Es por ello que, apenas diecisiete años después de su muerte, en 1914, aceleró la incoación de su causa de beatificación. Fue uno de sus últimos actos como pontífice. Años antes, hablando con un obispo misionero que le había regalado un retrato de Teresa, este papa había exclamado la frase entrecomillada.

santificación son el resultado conjunto de la acción de Dios y de la actividad humana. Bajo otro aspecto, se trata de la realización plena del hombre, de su plena humanización. Como lo ejemplifican los místicos, dicha humanización no es otra que el proceso mediante el cual la gracia operante en la criatura restablece en ella la imagen y semejanza que guarda con su creador.

En esta perspectiva, es posible considerar el proceso de santidad-santificación, en primer lugar, desde Dios y, después, desde el hombre. Sin embargo, como lo veremos enseguida, esta separación, práctica para el planteamiento racional del tema, no se corresponde con la realidad, ya que la relación entre los dos aspectos siempre es recíproca y la iniciativa siempre viene de Dios.

Desde la perspectiva divina, la gracia de la santificación es obra conjunta de las tres personas divinas en el hombre, aunque con sus matices respecto a lo que cada una actúa en el hombre para que alcance la santidad, la más plena identificación con Cristo. En efecto, existe una diferencia entre ellas en cuanto a la comunión de amor que las une y que se refleja misteriosa, pero significativamente, en su acción en favor del hombre.

La *filiación adoptiva*, que constituye el aspecto más elevado de la gracia, implica por sí misma una relación ‘personalizada’: nos convertimos en hijos del Padre en el Hijo y el Espíritu es testigo en nosotros de dicha filiación, al tiempo que nos inspira a vivirla comunicándonos su dinamismo para que se haga realidad la caridad, para que, de potencia, se convierta en acto (cf. Rom 5, 5; 8, 14-17.29; Gál 4, 4-7).

Es por ello que los hombres oran a Dios llamándolo ‘Padre nuestro’. Es Jesús quien revela la paternidad divina, que exige por parte del hombre, conforme al ejemplo de aquel, que testimonie ante el mundo su filiación divina.

Su experiencia espiritual, en su existencia humana, es el ejemplo, a la vez inaccesible y comunicable, de la experiencia cristiana de Dios Padre. De esta forma, otorga un sentido pleno a la imitación de Cristo, que no consiste en modelarse imitando el aspecto exterior del Verbo hecho carne, sino en alcanzar “un conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más lo ame y lo siga”<sup>6</sup>. Y la cima de la imitación se alcanza en la *mística de la cruz* y de la *pasión*.

En cuanto al *Espíritu*, que tiene en la Iglesia un papel análogo al que tiene el alma en el cuerpo, es el agente principal de la santificación. A él le corresponde la inhabitación de las tres personas divinas en el alma que, con esta presencia activa, va santificándose. Para san Pablo y toda la tradición posterior, el *hombre interior* es, ante todo, el hombre espiritual que vive en Cristo bajo la acción del Espíritu Santo. Así lo enseña también el Concilio Vaticano II:

<sup>6</sup> Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, n. 104.

El divino maestro y modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que él es iniciador y consumador: ‘Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto’ (Mt 5, 48). Envio a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12, 30) y a amarse mutuamente como Cristo los amó (cf. *Jn* 13, 34; 15, 12) (LG 40).

Hay una absoluta primacía de la gracia en la obra de santificación, ya que es ella la que mueve, mediante la acción del Espíritu, al abandono y la confianza por parte del hombre; para que sea Dios quien opere en él su plan de divinización, de imitación de Cristo, y aquel alcance así la estatura que Dios ha proyectado en él y se restablezca, con la plena humanización, la imagen y semejanza primeras. Lo expone de manera diáfana el Concilio en estos términos:

Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos (LG 40).

Veamos ahora el tema desde la *perspectiva humana*. La aspiración a la santidad de vida –¡con cuánta razón se lamenta san Pablo: “No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero!” (Rom 7, 19)– está condicionada por una multitud de factores negativos que, sin embargo, no constituyen obstáculos insalvables. Estos tienen nombres bien conocidos: la imperfección intrínseca y radical de la criatura, su psiqué, sus defectos, pasiones, enfermedades, el pecado, el mal, etc., si bien los medios para alcanzar la santidad son todavía más numerosos.

Estos son caminos seguros para hacer efectiva la imitación de Cristo y, por ende, nuestra santificación: *ascesis*, *fuga mundi*, *katharsis*, *metanoia*, mortificaciones, etc., por más que algunos de estos caminos no sean ya muy transitados; y las virtudes y dones del Espíritu Santo, sobre todo las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) y las morales, que, en su grado más alto, se identifican con los dones: temor de Dios, fortaleza, templanza, piedad, sabiduría, etc. Finalmente, los sacramentos, así como la oración, los ejercicios espirituales, la dirección, el acompañamiento y el discernimiento espiritual.

La *mística* se presenta también como un camino para alcanzar la santidad, puesto que dilata y ensancha la fe y la caridad, aunque no es ni necesaria ni suficiente, ya que no basta con ser testigo de la unión íntima del hombre con Dios si dicha unión no se vive también en la comunión y el amor de los hombres entre sí. “¡Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor!”, decía santa Teresa<sup>7</sup>.

En efecto, como dice la Escritura: “No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21). De ahí que puntualice el Magisterio:

<sup>7</sup> Teresa de Jesús, “Castillo interior. Las moradas”, 5,3,11: *Obras completas*, Sígueme, Salamanca 1997, 648.

Es necesario que, con la ayuda de Dios, conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El apóstol les amonesta a vivir “como conviene a los santos” (Ef 5, 3) y que, como “elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia” (Col 3, 12), y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Ga 5, 22; Rm 6, 22) (LG 40)

Porque Dios toma siempre la iniciativa, pero pide al hombre que, desde su libertad, ofrezca lo que él puede dar: la disponibilidad de voluntad y corazón, entrañas de misericordia, docilidad a la acción del Espíritu Santo para que sus dones produzcan los frutos queridos por Dios.

Este camino es apto para todos los hombres. Y es un hecho que todos los seres humanos, sin distinción de estado, sexo, raza o credo, estamos llamados a ser santos. Así lo decía hace unos años Benedicto XVI:

Todos los seres humanos están llamados a la santidad que, en última instancia, consiste en vivir como hijos de Dios, en esa ‘semejanza’ a él según la cual han sido creados<sup>8</sup>.

En otra ocasión, seguía enseñando el Papa:

El santo es aquel que está tan fascinado por la belleza de Dios y por su verdad perfecta, que es progresivamente transformado. Por esta belleza y esta verdad está dispuesto a renunciar a todo, incluso a sí mismo. Le basta el amor de Dios, que experimenta en el servicio humilde y desinteresado al prójimo, especialmente a quienes no están en condiciones de corresponder. [Los santos], alimentados de Cristo, pan vivo, se convirtieron al amor y ¡en él centraron toda su existencia! En diversas situaciones y con diversos carismas, amaron al Señor con todo su corazón y al prójimo como a sí mismos, y ‘así llegaron a ser un modelo para todos los creyentes’ (1Ts 1, 6-7)<sup>9</sup>.

Todo el Magisterio de la Iglesia, y especialmente el Concilio Vaticano II, que puso oportunamente al día el espíritu de comunión que une a todos los hombres, especialmente en la Iglesia, subraya este llamado universal a la santidad, pues “una misma es la santidad para todos”. En la *Lumen Gentium* se describen los medios para alcanzarla con cuatro ideas: *dejarse guiar por el Espíritu Santo, ser obedientes a la voz del Padre, adorarlo en espíritu y verdad, y seguir a Cristo pobre, humilde y cargando la cruz*, y se destaca que “cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios” (LG 41)<sup>10</sup>.

Esto excluye *el camino de lo extraordinario* de otros tiempos, en la que quizá se subrayaban en exceso el ascetismo y la mortificación, aunque la asociación de lo extraordinario con la santidad venga de lejos. En efecto, pasados los tiempos de las persecuciones, con los numerosos mártires que entregaban su vida por la defensa de su fe y su amor a Cristo, y la oficialización de la religión cristiana, algo se superficializó la vida de fe en general. Entonces se volvió más difícil hablar de los cristianos como *los santos* de Corinto, Éfeso o Roma. Como intuye R. Guardini:

<sup>8</sup> *Angelus* (1 de noviembre de 2007) (cf. [www.vatican.org](http://www.vatican.org)).

<sup>9</sup> *Homilía de la Jornada Mundial de las Misiones* (23 de octubre de 2005) (cf. [www.vatican.org](http://www.vatican.org)).

<sup>10</sup> Cursivas nuestras.

Tuvo que formarse un nuevo concepto de santo y se empezó a entender como la persona que realizaba de un modo extraordinario el *mandamiento mayor*<sup>11</sup>.

El mártir había sido el que mejor encarnaba el ideal de santidad por su entrega radical en aras del amor a Cristo. Por ello los mártires gozaban entre los cristianos de una especial veneración por el heroísmo encarnado. Ahora bien, existían otros hombres y mujeres capaces de un sacrificio que no todos los cristianos podían ofrecer. Estos expresaban de otro modo, también extraordinario, el amor sin reservas a Dios. Experimentaban tan dolorosa y profundamente lo terrible del pecado que no les bastaba con arrepentirse y procurar ser mejores. Lo abandonaban todo, se iban a la soledad y llevaban allí una vida de penitencia, cuyas dureza, ascesis, mortificación, desapego y abandono en los brazos de Dios eran un camino poco transitable. Evidentemente, semejante nivel de renuncia no estaba al alcance del cristiano común.

Se sucedieron posteriormente muchos hombres y mujeres que, de distintas formas, dejaron todo para servir únicamente a Dios, y a Dios en los demás hombres, consolando y reconfortando a los más pobres y afligidos. Basta citar a quienes, por amor a la comunidad y a Dios, se hicieron pobres, como san Francisco y santa Clara; o los que, por los enfermos y los desamparados, fueron arrebatados por el amor al prójimo, como san Vicente de Paúl. Otros, por la grandeza de la verdad de Dios, dedicaron su vida a investigarla y difundirla, como san Agustín o santo Tomás de Aquino. Otros, en fin, oyeron en su corazón el llamado imperioso: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes” (Mt 28, 19), y, arrebatados por el ardor del apóstol, llevaron el mensaje al mundo, muchas veces para sellar su palabra con su sangre: san Patricio en Irlanda, san Bonifacio en Alemania, san Francisco Javier en la India... Y así sucesivamente, en la inagotable multiplicidad de las gracias y vocaciones.

La vida de estos hombres y mujeres –algunos muy bien conocidos, como los que acabamos de citar, pero también muchos otros casi anónimos, que quemaron sus vidas en el sagrado altar de un holocausto desconocido– tiene el más diverso contenido, pero siempre ostenta el carácter de lo extraordinario, puesto que comparte la exigencia del amor de Dios que los arrebató, al punto de sacarlos de lo cotidiano e impulsarlos a la realización de una obra y una misión ¡fuera de lo común!

A pesar de que sus caminos no son transitables por los cristianos de a pie, que somos la mayoría de los bautizados, no dejan de ser antorchas que brillan en el firmamento para iluminar senderos. Guardini destaca en ellos, *santos de lo extraordinario*, la fuerza arrolladora de su ejemplo y su carácter de modelo y paradigma:

---

<sup>11</sup> R. Guardini, *El santo en nuestro mundo*, Lumen, Buenos Aires 1992, 8.



Son testigos de la grandeza eternamente nueva de lo que se ha hecho posible por Cristo. En cierto modo, difractan la divina simplicidad de su luz en las más diversas formas de realización; acuñan modelos, muestran objetivos y caminos, liberan fuerzas que continúan su influjo a través de los siglos<sup>12</sup>.

Prosigue este mismo autor que “esta es la idea del santo que ha influido en la conciencia cristiana hasta nuestra época”<sup>13</sup> y que lo seguirá haciendo, porque su vida es auténtica y verdadera. Y concluye, con sabia penetración psicológica y espiritual, que nuestra vida cotidiana necesita grandes figuras en las que se haga patente el poder de la gracia de Dios que supera todo lo que es mundano y terrenal. Con su ejemplo, estos santos encarnan la imagen del heroísmo cristiano que se expresa en una vida de riesgo, paciencia y cumplimiento sin reservas<sup>14</sup>. La familia agustino recoleta cuenta con abundantes testimonios de esta santidad. Como decía el venerable fray Jenaro Fernández: “¡Si no es para ser santo, para qué quiero la vida!”<sup>15</sup>.

Pero el ejemplo heroico de todos ellos se convierte en llamada imperiosa para vivir ya desde aquí y ahora un camino de santidad que pasa, no por experimentar unos hechos puntuales extraordinarios, sino por transitar en la vida cotidiana con sus luces y sus sombras, sus gozos, frustraciones y desesperanzas, con la sencillez del anonimato. Se trata, simplemente, de vivir a través de las dificultades materiales, del trabajo apostólico callado y rutinario, de los retos humanos y espirituales que jalonan la vida ordinaria y cotidiana, haciendo lo que cada uno tiene que hacer.

Ese es hoy el reto y el camino para vivir santamente nuestra vida cristiana ¡o simplemente humana! El método respondería, sin más, a una elemental pregunta: ¿Cómo debe vivir hoy el cristiano que quiere ser santo? La respuesta, de la que nos viene hablando reiteradamente el papa Francisco, es esta: no se necesita plantear nada extraordinario, sino solamente hacer siempre lo que en cada ocasión le exija la hora, en el conjunto de la vida misma. Pues el progreso o avance hacia lo más alto no consiste tanto en los grados de realización, cuanto en la pureza cada vez mayor del amor que se ponga en ello y con la cual se ha de hacer lo que requiera la situación específica del momento.

Y esto, con lo que dicha situación requiera realmente, sin ninguna oculta razón egoísta, predilección personal, comodidad, ventaja o gusto. Es decir, como si la situación misma hablara diciendo: “Esto es necesario: que ayudes a este, que realices tal trabajo, que ejercites la paciencia con aquel, que integres este

<sup>12</sup> R. Guardini, *El santo...* 9.

<sup>13</sup> R. Guardini, *El santo...* 10.

<sup>14</sup> R. Guardini, *El santo...* 10.

<sup>15</sup> Á. Martínez Cuesta, *Jenaro Fernández. Si no soy santo, para qué quiero la vida*, Granada 2009, 218.

sufrimiento en tu vida a la luz de la fe...”. Y hacerlo limpia y correctamente, sin enderezarlo ni debilitarlo o falsearlo.

Algunas catequesis recientes del papa Francisco apuntan precisamente a ello. Recordando la nueva visión de Iglesia recuperada por el Concilio, una visión fundada en la comunión de la que ya hemos hablado aquí, invitaba a considerar en esa perspectiva el principio de la autoridad y de la jerarquía para entender mejor que todos los cristianos, como bautizados, tienen una igual dignidad ante el Señor y los une la misma vocación de la santidad (cf. LG 39-42). Después de puntualizar que la santidad no es un premio a nuestras capacidades o méritos, afirma:

La santidad es un don, es el don que nos da el Señor Jesús cuando nos toma para sí y nos reviste de sí mismo, nos hace como él. (...) Es un redescubrirse en comunión con Dios, en la plenitud de su vida y de su amor. Se comprende, entonces, que la santidad no es una prerrogativa solo de algunos: la santidad es un don ofrecido a todos, ninguno excluido, por lo cual constituye el carácter distintivo de todo cristiano<sup>16</sup>.

Me permito citarlo extensamente porque su mensaje es esperanzado y alentador y, sobre todo, porque anima a todos los hombres, sin importar su estado de vida o su credo, a mirar hacia lo alto, con los ojos clavados en el rostro de Cristo, que ha experimentado nuestra fragilidad, y del Padre, que sabe de qué barro estamos hechos. Y también en consideración del ‘caminito’, sencillo, como este que nos sugiere el Papa, y que más adelante recorreremos de la mano de santa Teresita.

Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicarse exclusivamente a la oración. Pero no es así. Alguno piensa que la santidad es cerrar los ojos y poner cara de santito. ¡No! No es esto la santidad. La santidad es algo más grande, más profundo que nos da Dios. Es más, estamos llamados a ser santos precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día. Y cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el que se encuentra.

Las recomendaciones que siguen no excluyen a nadie. Todos estamos felizmente incluidos: consagrados y religiosos, padres y madres de familia, abuelos, solteros, casados, obreros, oficinistas, catequistas, educadores, voluntarios, ¡todos!

¿Tú eres consagrado, eres consagrada? Sé santo viviendo con alegría tu entrega y tu ministerio. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un bautizado no casado? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo y ofreciendo el tiempo al servicio de los hermanos. “Pero, padre, yo trabajo en una fábrica; yo trabajo como contable, siempre con los números, y allí no se puede ser santo...”. —“Sí, se puede. Allí donde trabajas, tú puedes ser santo. Dios te da la gracia para llegar a ser santo. Dios se comunica contigo”. Siempre, en todo lugar, se puede llegar a ser santo; es decir, podemos abrirnos a esta gracia que actúa dentro de nosotros y nos conduce a la santidad. ¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a los hijos o a los nietos a conocer y a seguir a Jesús. Es necesaria mucha paciencia para esto, para ser un buen padre, un buen abuelo, una buena madre, una buena abuela; se necesita mucha paciencia y, en esa paciencia, está la santidad: ejercitando la paciencia. ¿Eres catequista, educador o

<sup>16</sup> *Audiencia general* (19 de noviembre de 2014) (cf. [www.vaticano.org](http://www.vaticano.org)). En las siguientes reflexiones seguiremos dicha audiencia.

voluntario? Sé santo siendo signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros. Es esto: cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y en tu estado de vida se abrió el camino hacia la santidad. No os desalentéis al ir por este camino. Es precisamente Dios quien nos da la gracia. Solo esto pide el Señor: que estemos en comunión con él y al servicio de los hermanos.

A continuación, invita a responder sobre la forma y el talante con el que permitimos a Dios hacernos santos:

A este punto, cada uno de nosotros puede hacer un poco de examen de conciencia. ¿Cómo hemos respondido hasta ahora a la llamada del Señor a la santidad? ¿Tengo ganas de ser un poco mejor, de ser más cristiano, más cristiana? Este es el camino de la santidad. Cuando el Señor nos invita a ser santos, no nos llama a algo pesado, triste... ¡Todo lo contrario! Es la invitación a compartir su alegría, a vivir y a entregar con gozo cada momento de nuestra vida, convirtiéndolo al mismo tiempo en un don de amor para las personas que están a nuestro alrededor. Si comprendemos esto, todo cambia y adquiere un significado nuevo, un significado hermoso, un significado comenzando por las pequeñas cosas de cada día.

Y, por si fuera poco, enumera unos cuantos ejemplos de gestos simples y cotidianos, gestos de cariño sin afectación, de paciencia, comprensión, escucha y atención amorosa hacia el otro; gestos necesarios e importantes en el hogar, el mercado, la oficina y la iglesia. De ellos dice el Papa:

Son pequeñas cosas, pero muchos pequeños pasos hacia la santidad. Cada paso hacia la santidad nos hará personas mejores, libres del egoísmo y de la cerrazón en sí mismas, y abiertas a los hermanos y a sus necesidades.

Es tremendamente plástico y contundente. Todos, y en cada momento, podemos practicar esos gestos de apertura y disponibilidad al otro que construyen humanidad y comunión, ¡que no es otra cosa la santidad! Grata a los ojos de Dios, sin duda, y tan efectiva para que la caridad no sea una palabra hueca, sino pletórica de sentido si decidimos ser vehículos e instrumentos de la misma.

Finalmente, este santo, el que tan bien describe el Papa, es el santo de nuestros días. No es el héroe inalcanzable que hace algo extraordinario. Sino el que hace lo ordinario de forma extraordinaria. Parece lapidaria la afirmación, pero, habida cuenta de nuestra fragilidad, los condicionantes y obstáculos de nuestra naturaleza herida por el pecado, nuestro egoísmo y la dificultad de anteponer siempre el bien del otro, ¿no es extraordinario actuar siempre desde el amor, la mansedumbre, la disponibilidad, la paciencia, la prudencia, el desapego y el olvido de sí? ¿No es, por ventura, lo que nos enseñó el Divino Maestro?

De nuevo traigo a colación la concreción del mensaje de Romano Guardini:

El hombre que va por este camino *—el del santo anónimo y ordinario, que eso somos todos—*, hace lo que debería hacer cualquiera que quisiera hacer bien su asunto, aquí y ahora. Nada más y nada menos. Pero la justeza de la tarea propuesta aquí y ahora la entiende a partir de Dios. Emplea su razón, hace lo que exige su vocación *—cada uno en las tareas propias de su estado—* y puede dar cuenta justa de todo: pero su conciencia está sumergida en algo infinito. Su acción se realiza en el mundo, pero se sabe obligada por aquel que ha creado este mundo, estando él mismo por encima de todo mundo. En medio de nuestra vida, enredada por todo egoísmo y mentira, trata de recuperar de un modo nuevo lo que en el principio determinó la

vida del primer hombre, antes de que este pusiera su propia voluntad por delante de la voluntad de Dios<sup>17</sup>.

Creemos que no es necesario, de momento, abundar en más ejemplos de lo que es el santo de nuestros días. Acerquémonos ahora a ese *caminito de la infancia espiritual* que propone la joven carmelita de Lisieux, a la que recurren tantos fieles del mundo entero: desde los mismos Vicarios de Cristo hasta los cristianos anónimos que la tienen por guía y maestra en esas cosas *muy subidas del espíritu*<sup>18</sup>.

## 2. EL CAMINO DE LA ‘INFANCIA ESPIRITUAL’ DE SANTA TERESA DE LISIEUX

Nuestro tiempo siente desconfianza respecto a las personalidades extraordinarias y las hazañas desmesuradas. Ha habido un cambio de percepción. Los hombres y mujeres de hoy reclamamos se nos reconozca una misma dignidad, un mismo respeto por lo que somos y lo que hacemos, aunque no seamos famosos, ni nuestro nombre aparezca en los periódicos. Simplemente porque nos sabemos revestidos de una dignidad que no puede ser ni ignorada ni pisoteada, y porque tenemos conciencia de que cada vida humana es valiosa e irreplicable.

El santo, o la idea que nos hacemos de él, ya no es el de otro tiempo. También entra por el rasero de esta común dignidad humana de la que es partícipe sin distinguos cualquier ser humano, sea rico o pobre, con patria o exiliado de ella, libre o sometido, analfabeto o culto, seglar o consagrado, y las dualidades opuestas podrían multiplicarse casi al infinito.

Dice una vez más Romano Guardini:

El santo ya no se caracterizaría por una forma de existencia que se saliera del resto de la vida. Más bien actuaría en lo invisible, haciendo lo que en cada ocasión es justo y adecuado; pero con la pureza de intención que cada vez se une más con el amor de Dios; desprendiéndose más perfectamente del egoísmo y la complacencia en sí mismo, y adquiriendo así una libertad que ya no tiene nada que ver con la originalidad y genialidad, sino que se realiza por completo en el núcleo de la persona<sup>19</sup>.

Nosotros agregaríamos: *en el fuero interno de la conciencia* de cada uno; en ese espacio íntimo, sagrado e inalienable donde se encuentran la criatura y su Creador.

Teresita también tenía un concepto del santo análogo al que hemos expuesto en estas páginas. Haciendo memoria del momento de la muerte de la madre Genoveva, superiora de su convento, escribía: “Ha sido una gracia inestimable [conocerla]. Pues Dios (...) quiso que viviera con una santa, no de esas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y

<sup>17</sup> R. Guardini, *El santo...* 12.

<sup>18</sup> Cf. Juan de la Cruz, “Cántico espiritual” 19,7: *Obras completas*, EDE, Madrid 1997, 675.

<sup>19</sup> R. Guardini, *El santo...* 14.

ordinarias”<sup>20</sup>. Quizá de ella aprendió la sencilla confianza que tenía de llegar un día al cielo, como lo sugiere el siguiente diálogo que tuvo con ella un día: “Usted, madre, no irá al purgatorio”, a lo que la santa religiosa le “contestó con dulzura: ‘Así lo espero’”<sup>21</sup>.

La santa de Lisieux es una de esas personas que, en la brevedad de su vida, hizo cabal y simplemente lo que tenía que hacer, de acuerdo con su estado de vida y la vocación a la que se sintió llamada.

Para situar mejor su testimonio y el alcance de su legado humano y espiritual, pues su doctrina es absolutamente inseparable de su vida, recordamos brevemente los puntos claves de la biografía de Françoise Marie Thérèse Martin, nombre civil y de pila de santa Teresita.

Nació en la localidad de Alençon, en Normandía, al norte de Francia, el 2 de enero de 1873. Fueron cinco hermanas. Tras la muerte de su madre, en plena infancia de Teresita, la familia se trasladó a Lisieux, en cuyo Carmelo Descalzo ingresó como religiosa a los 15 años, después de haber viajado a Roma en compañía de su padre y de su hermana Celina para pedir la aprobación del Papa para entrar en el Carmelo a tan temprana edad.

Su nombre de profesión monástica era Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Cuatro de sus hermanas fueron también Carmelitas Descalzas en Lisieux. De constitución enfermiza y frágil, Teresa murió de tuberculosis, ofreciendo sus sufrimientos, oraciones y sacrificios por las misiones. Murió el 30 de septiembre de 1897, con tan solo veinticuatro años y unos meses de edad.

El papa Pío XI la beatificó en 1923, la canonizó el 17 de mayo de 1925 ante una inmensa multitud y, en 1927, la declaró patrona de las misiones. Juan Pablo II la hizo doctora de la Iglesia en 1997. Ya en el lecho de muerte, Teresa de Lisieux había intuido que sería amada por todo el mundo. Su influencia, en efecto, fue pronto unánime y universal. Y así sigue siendo.

Su libro autobiográfico, *Historia de un alma*, publicado por primera vez al año de su muerte, recoge los recuerdos, las experiencias, el testimonio y el legado espiritual que escribió por orden de su superiora monástica. Desde entonces el libro se ha convertido en un ‘clásico’ imprescindible de la mejor literatura espiritual y en obra clave en la conversión, vocación y consagración de muchas personas.

A pesar de haber vivido una existencia tan breve, Teresa de Lisieux abrazó con la determinación de que hizo gala su madre fundadora, Teresa de Jesús, el plan que Dios tenía preparado para ella. Con su vida y magisterio, despertó en el

<sup>20</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito A, 78r<sup>o</sup>”: *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1998, 234.

<sup>21</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito A, 78v<sup>o</sup>... 235.

pueblo de Dios la conciencia de ser llamado a una santidad realizable en el marco de la vida ordinaria.

Ella misma estaba convencida de ese caminito de la sencillez y vida común como apto para alcanzar este ideal. Por eso su enseñanza sintoniza profundamente con la del Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium*, de la que ya hemos hablado. Un camino accesible a todos, sobre todo a los más pobres y a los más pequeños; el camino que ella misma recorrió, “su caminito de confianza y amor”.

Su deseo de ser santa es simple, transparente y sin falsa modestia, como los deseos de los niños, y a él debemos aspirar todos. Teresita tomó conciencia muy pronto de su propia vocación a la santidad como algo natural, inserto en un corazón de quien se sabe hija de Dios. Y asumía la docilidad necesaria, la disponibilidad para dejar obrar a Dios en ella y responder a su llamado:

El Señor me hizo comprender que mi gloria no brillaría a los ojos de los mortales, sino que consistiría en ¡llegar a ser una gran santa!”<sup>22</sup>.

Y añade, para descartar cualquier atisbo de presunción:

Este deseo podía parecer temerario –y en efecto así era considerada a su alrededor esa ‘confianza audaz’– si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era (...). No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos –que no tengo ninguno–, sino en aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Solo él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa<sup>23</sup>.

Su testimonio ha sido capaz de inculcar en aquellos que se acercan a ella la convicción de que Dios, que llama al hombre, los ayuda a alcanzar ese ideal si son capaces de trascender su debilidad mediante el abandono y la confianza en la misericordia divina deseosa de manifestarse en él, pues “no es necesario hacer cosas deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha”<sup>24</sup>. ¡Todo un ideario de vida, profundamente evangélico, para todos! Y es que, para mantenerse firme en esa confianza, Teresita contó siempre, y desde muy niña, con la guía luminosa del evangelio.

Ante las exigencias de los tiempos siempre cambiantes en los que peregrina el pueblo de Dios, la Iglesia experimenta una necesidad permanente de reflexión teológica. Es lo que llevan a cabo los estudiosos, teólogos, biblistas, autores espirituales, místicos, etc. Su reflexión tiene como tarea describir la revelación divina, analizarla, integrarla en la historia y el mundo y explicar estos a través de la luz que la misma revelación proyecta sobre ellos.

En la historia están las personas y las agrupaciones humanas, y, en el plano de la fe, todos, fieles y consagrados, congregaciones y órdenes religiosas, precisan

<sup>22</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito A, 32rº... 139.

<sup>23</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito A, 32rº... 139.

<sup>24</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito A, 32rº... 138.

actualizar el camino de seguimiento de Cristo, su carisma, su espiritualidad, su llamado y su vocación, su quehacer apostólico y hasta su propia identidad, para adecuarlos y seguir estando vigentes en el acontecer de la Iglesia y del mundo en el que todos se hallan inmersos. Para ello no se puede dejar de escrutar los signos de los tiempos.

Esa es la tarea y el reto que tiene la Orden hoy, como lo tienen también las demás familias religiosas y los hombres y mujeres de este tiempo. Solo así se proseguirá el camino hacia la patria definitiva, sin dejar de construirla aquí, en la temporalidad, como primicia de la futura y eterna.

Al mismo tiempo, necesita de cristianos que vivan en plenitud la palabra revelada, comprometiendo su existencia en la realización del designio amoroso de Dios sobre la humanidad. Estos son los santos, los cristianos de la respuesta sin reservas. Uno de ellos fue esa humilde y sencilla carmelita que supo, en su vida oculta en un apartado convento de provincia, dejarse moldear a imagen y semejanza del Maestro; sin hacer alarde, como los santos ordinarios y comunes que el mundo necesita hoy; creyendo de nuevo que vale la pena seguir a Cristo, humilde, pobre, cargando con la cruz, con las manos vacías y el corazón rebosante de amor a Dios y al prójimo.

En esa tranquila confianza que Teresita puso siempre en Dios, no vaciló en expresar sin rubor: “A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y los doctores”<sup>25</sup>. Y es cierto que desde hace ya más de cien años no ha dejado de hacerlo. Hans Urs von Balthasar ha mostrado cómo Teresita ha fecundado y renovado la teología, todo ello en la línea de lo que apuntábamos más arriba respecto a la necesidad permanente que tiene la Iglesia de reflexión teológica. El gran teólogo no dudó en citar a la santa de Lisieux junto con Catalina de Siena para ilustrar cómo “el Espíritu Santo se manifiesta en cada uno según las necesidades de la Iglesia”<sup>26</sup>, pues

En cada momento crucial de la historia, el Espíritu Santo coloca un guía; en cada civilización que surge, él da un maestro encargado de dispensar su luz. En los umbrales de este mundo nuevo que se anuncia, Dios ha colocado a Teresa del Niño Jesús. (...) Por el poder y la pureza de la luz que de ella brota, ella se cuenta ya entre los grandes maestros espirituales de la Iglesia<sup>27</sup>.

Sin duda el gran teólogo suizo se hacía eco de lo que ya Pablo VI había señalado antes sobre Catalina de Siena y que después Juan Pablo II aplicaría también a la santa de Lisieux:

Lo que más impresiona en esta santa es la sabiduría infusa, es decir, la lúcida, profunda y arrebatadora asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe (...): una

<sup>25</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 3rº... 259.

<sup>26</sup> H. U. von Balthasar, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*, Herder, Barcelona 1989.

<sup>27</sup> M<sup>a</sup>. E. del Niño Jesús, citado por P. Sainz de Baranda, prepósito general de los carmelitas descalzos, en carta dirigida a Mons. Guy Gaucher, obispo auxiliar de Bayeux Lisieux, con ocasión de la publicación de las *Obras completas* de la santa en Ed. 7-8.

asimilación favorecida, ciertamente, por dotes naturales singularísimas, (...) debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo<sup>28</sup>.

Dice también Balthasar que todo cristiano, y más aún todo santo, vive una existencia teológica, pues su vida es expresión del evangelio, cuya esencia es la identidad con Cristo, de palabra y de vida. Pues bien, el gran teólogo suizo escribe que la misión de Teresa va más allá. Ella no solo encarna la imitación e identificación con Cristo, sino que, según lo han expresado los papas, Teresa es *una expresa misión doctrinal*. Quiere esto decir que, por designio divino, ella ha venido a esclarecer nuevamente para los cristianos de hoy determinados aspectos de la revelación. Dios le ha encomendado proyectar un sorprendente resplandor sobre verdades indudablemente ya conocidas, pero todavía insuficientemente atendidas<sup>29</sup>.

La propia Teresita tuvo conciencia de aportarle al mundo una doctrina nueva y no tuvo reparo en subrayar oportunamente su importancia. Fue siempre consciente de su pequeñez, pero se sabía investida de una misión. A Teresita, el camino de la confianza y el abandono, su “pequeña doctrina”, se le iría descubriendo poco a poco. Y su afán sería también compartirlo con los que se acercaran a ella: “Cuanto más se acerquen las almas a mí, más ligeras correrán tras los perfumes del Amado”. Pero es que antes había pedido a Jesús: “Que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él, que sea él quien viva y quien actúe en mí”<sup>30</sup>.

En este llamado a la conformación con Cristo, que no es otra cosa la santidad, ¿somos cada uno de nosotros conscientes de la misión a la que Dios nos convoca? El método es sencillo. Consiste en hacerse cada vez más pequeño, pues “es preciso que él crezca y yo disminuya” (Jn 3, 30).

Cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar. Pero en vez de desanimarme, me he dicho siempre a mí misma: ‘Dios no puede inspirar deseos irrealizables’, por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones, pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, un caminito totalmente nuevo<sup>31</sup>.

Ese camino del anonadamiento y la confianza, de la disponibilidad total para hacer la voluntad de Dios, de la humildad y el abandono filial, es el que propone la santa de Lisieux a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No hace falta hacer heroicidades. Realizando las cosas pequeñas de cada día “como Dios manda”, con el alma y el corazón puestos en ellas, se puede santificar la propia vida: “Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo

<sup>28</sup> Juan Pablo II, *Carta apostólica ‘Divinis Amoris Scientia’*, 8.

<sup>29</sup> H. U. von Balthasar, *Teresa de Lisieux*.

<sup>30</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito C, 36rº... 325.

<sup>31</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito C, 2vº... 274.



grandezas que superan mi capacidad; sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre” (Sal 130, 1-2).

El camino de la infancia espiritual es ese, el camino más corto, el más transitable para el común de los seres humanos, el que modestamente podemos ofrecerle al Señor para responder a su misericordia. Teresita lo entendía muy bien y lo practicó con radicalidad. Por eso es la gran santa de los tiempos modernos. En la viña del Señor se necesitan muchos obreros y para Dios no hay tarea pequeña. Él no tiene nuestra lógica en vano pretenderíamos adjudicarle nuestros mezquinos pensamientos:

Me parecía que el Señor me destinaba a mí también a grandes cosas. He comprendido que mi misión es hacer amar al Rey del cielo y someterle el reino de los corazones<sup>32</sup>.

Para ello, nada como los gestos pequeños, cotidianos, sencillos, como lo explica el papa Francisco, porque

en los amores humanos la ternura es necesaria, el cariño indispensable. A Dios le agrada vernos así, confiados, pequeños, como los niños. *¡Soy demasiado pequeño!*; si lo piensas bien, ten certeza de que vas bien... Toma hoy la determinación de conducirte así delante de tu Señor: con afecto de hijo, con ternura de infante. Incorpora a tu vida gestos muy concretos que califiquen con obras tu infancia espiritual<sup>33</sup>.

Cuando Fr. Miguel Miró invita a los religiosos de la Orden a vivir este *Año de la santidad* con fidelidad al carisma recibido, desde la coherencia de vida, la disponibilidad para evangelizar y el servicio a los más pobres, está impeliendo a que cada uno se renueve sin perder la propia identidad, con fidelidad al llamado del Señor y en apego a lo esencial del carisma agustino recoleto.

En esta tarea, corresponde a cada religioso, religiosa o seglar en comunión con la Orden encontrar nuevos caminos, nuevas formas de encarnar en lo cotidiano el seguimiento de Cristo. Porque una vez más el Reino se construye ya aquí en el corazón del hombre y del mundo, en el cuidado amoroso y diligente de toda la familia humana y de la creación, de la que Dios nos ha hecho custodios y dispensadores para distribuir con rectitud y justicia sus abundantes bienes.

No es necesario, ya lo veíamos, practicar las virtudes de manera heroica, sino como lo describía santa Teresita y, más cerca de nosotros, Guardini o el mismo papa Francisco. Basta *con los gestos y las actitudes cotidianas*, simplemente haciendo en cada momento lo que se tiene que hacer, a la manera de esa expresión tan contundente acuñada por la sabiduría de nuestro pueblo: “¡Como Dios manda!”. Con la disponibilidad del corazón sintetizada por nuestro padre en su afirmación: “Ama y haz lo que quieras” (*Io. ep. tr. 7,8*). *Con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente*, ¡como se ama a Dios!

Actuando así en la vida, conformándose con Cristo y siendo todo amor, el camino hacia la santidad sencilla y cotidiana será *cortito* y *recto*, como repetía

<sup>32</sup> Teresa de Lisieux, “Carta 226... 593-584.

<sup>33</sup> F. Espa, *Con él. Meditaciones con el Evangelio. Octubre de 2013*, Palabra, Madrid 2013, 147.

Teresita. Si nos entregamos y, desde nuestra pequeñez y fragilidad, somos capaces de tener gestos ordinarios y comunes, impregnados de calidez y serena dignidad, recorreremos *el caminito nuevo de la infancia espiritual*. De esa manera, ya seas religioso o religiosa, consagrado o seglar, “cuando partas tu pan con el afligido, brillará tu luz en las tinieblas. Tu oscuridad se volverá medio día” (Is 58,10).

Para hacerlo, todos hemos recibido dones, habilidades y carismas. A cada uno le compete aplicarlos con el talante humano, los gestos y las actitudes naturales que configuran su personalidad, única e irrepetible. Así nos acercaremos unos a otros; viviremos la solidaridad y la empatía; derribaremos muros; estaremos atentos a las necesidades del otro para consolar, alentar, acompañar, escuchar; compartiremos alegrías y esperanzas, pérdidas, duelos, sufrimientos, enfermedades y frustraciones. Pero también nos mostraremos vulnerables, frágiles y necesitados, pidiendo y recibiendo esos mismos gestos del otro, en reciprocidad, con las mismas actitudes y sentimientos, porque no somos islas, sino vasos comunicantes que se necesitan, acompañan, alientan y ayudan recíprocamente.

Eso sería vivir la santidad, pidiendo siempre la gracia divina que suple nuestras deficiencias, dejando que el Señor ¡nos haga cada día un poco más santos! Porque ser dóciles a la multiforme manifestación del Espíritu es entrar en la dinámica de las bienaventuranzas, vivir como hijos de Dios e imitar los gestos y los sentimientos de su Hijo... Así podremos decir con Teresita, que exclamaba exultante cuando descubrió el sentido pleno de su vida y el camino *corto y recto* para transitar por ella:

¡Por fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor... Así lo seré todo. ¡Seré amor en el mundo!<sup>34</sup>.

En el camino de *la infancia espiritual* de Teresa del Niño Jesús como instrumento ya clásico y efectivo para vivir la vida en Dios dando testimonio de Cristo, los mejores estudiosos de la santa carmelita destacan los siguientes rasgos. Unos negativos, mas no en sentido peyorativo: la ausencia de mortificaciones extraordinarias, de carismas sobrenaturales, de método específico de oración (que no de oración, ¡ni mucho menos!) y de obras múltiples o activismo espiritual. Según esto, santo sería

alguien que pasa a nuestro lado sin que se le note nada de particular... o quizá sí, una silenciosa libertad, una tranquila seguridad, en sentido y orientación, una alegría, a pesar de todas las preocupaciones y dificultades<sup>35</sup>.

La santa de Lisieux fue persona de oración constante y fecunda, que ella definía así:

La oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. Es una cosa

<sup>34</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 3vº... 261.

<sup>35</sup> R. Guardini, *El santo*... 13.

elevada, sobrenatural, que me dilata el alma y me une a Jesús... Hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle... y él siempre me entiende<sup>36</sup>.

Otros positivos, mucho más importantes: la primacía del amor, la confianza filial, la humildad y la sencillez, y la fidelidad a las cosas pequeñas, pues “Jesús no pide grandes hazañas, sino abandono y gratitud”<sup>37</sup>. Durante el proceso de canonización de Teresita, su hermana Celina, monja carmelita como ella, declaró: “Al contrario de otros místicos que se ejercitan en la perfección para alcanzar el amor, sor Teresa del Niño Jesús tomó como camino el amor mismo”.

¿Cómo no compartir en nuestro propio contexto, como religiosos o seculares, el concepto que ella tuvo de su “pequeña doctrina”? Pues, ya en la última etapa de su vida, Teresita está convencida (“He encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado”<sup>38</sup>) de que ‘su caminito’ se sitúa mejor en el contexto eclesial:

Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por Pablo (cf. 1Cor 12); o mejor dicho, quería reconocirme en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que, si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor, comprendí que solo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno!<sup>39</sup>.

Teresita define así la universalidad de su ‘caminito’ como la senda para realizar la vocación del amor “en el corazón de la Iglesia”, al que invita a todas “las almas pequeñas” esbozando para ellas el programa de las “pequeñas cosas”, las “naderías”<sup>40</sup>, cuyo valor brota del ‘toque’ de la mano del Señor: “Porque habrán adquirido, a tu toque divino, un valor infinito”<sup>41</sup>.

El papa Juan Pablo II escribió al declarar a santa Teresa del Niño Jesús doctora de la Iglesia:

Teresa recibió una iluminación particular sobre la realidad del Cuerpo místico de Cristo, sobre la variedad de sus carismas, dones del Espíritu Santo, sobre la fuerza eminente de la caridad, que es el corazón mismo de la Iglesia, en la que ella encontró su vocación de contemplativa y misionera (DAS 8).

Pero la noción de infancia espiritual, tal y como la vivió Teresita, no tiene nada que ver con la idea de facilidad que le atribuía su hermana María al suponer que Dios la preservaría del sufrimiento. Lo relata ella misma en su autobiografía:

<sup>36</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito C, 25vº... 308.

<sup>37</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 1vº... 255.

<sup>38</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 3vº... 261.

<sup>39</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 3vº... 261.

<sup>40</sup> Cf. Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 5vº, 1vº... 266 y 254, respectivamente; y “Carta 143... 479.

<sup>41</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 4rº-vº... 264.

Recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no transitaría por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña... [Pero] al mismo tiempo sentí nacer en mi corazón la convicción de que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces.

En efecto, su camino de infancia espiritual no sería siempre un lecho de rosas, ¡como el de cada uno de nosotros! Seguir a Cristo, pobre, obediente y con la cruz a cuestas en las tareas cotidianas, en el trato con los semejantes, en el dolor, la angustia, la enfermedad, las frustraciones y el trabajo rutinario y aparentemente infecundo, no es siempre una senda fácil para vivir la vida de santidad.

Pero, sin embargo, es camino seguro. Y las disposiciones interiores que su doctrina sugiere nos garantizan la asistencia del Espíritu y la acción de su gracia para alcanzarla: sentido del abajamiento y de la impotencia radical de la criatura en orden a la santidad y a la acción, confianza y abandono absoluto en Dios, humildad y docilidad al Espíritu, sencillez y pureza de corazón, amor puro y locura por Cristo:

Jesús... estoy convencida de que, si por un imposible, encontraras un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonara con confianza total en tu misericordia infinita<sup>42</sup>.

Teresa no aporta una reflexión nueva o más penetrante acerca de la infancia espiritual. Esta se encuentra suficientemente perfilada en la Sagrada Escritura, que ella ha escrutado y parafraseado muchas veces, así como en la tradición espiritual de la Iglesia. Su aportación está más bien en la irradiación de una vida cuya pureza y veracidad constituyen el testimonio más auténtico de la misma. Ese testimonio está muy lejos de ser empalagoso o infantil, pues sabe conjugar fuerza y pequeñez, coraje y humildad, infancia y madurez. Dice una declaración durante su proceso de canonización:

La hermana Teresa del Niño Jesús poseía un alma en extremo activa y enérgica, bajo una apariencia suave y amable. A cada momento, sus actos atestiguaban un carácter fuertemente acusado y un espíritu varonil.

Ella es una testigo privilegiada de la mística de la infancia espiritual que ella misma pone en paralelo con la mística nupcial del *Cantar de los Cantares*: “Un corazón de niña, un corazón de esposa”<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> Teresa de Lisieux, “Manuscrito B, 5vº... 267.

<sup>43</sup> Teresa de Lisieux, “Carta 144... 481.

## REFLEXIÓN FINAL

Es sobre todo a partir de la experiencia de Teresa del Niño Jesús que los teólogos se han esforzado por precisar el contenido teológico y doctrinal del camino de la infancia espiritual. Se ha escrito mucho sobre la ‘pequeña vía’ de la santa de Lisieux. Basta con leer los documentos, declaraciones, homilías, cartas apostólicas, etc., de los pontífices, desde Pío X hasta Francisco, la abundante bibliografía de la escuela francesa o lo que han escrito teólogos como Balthasar y Guardini, de los que ya hemos expuesto aquí algunas de sus declaraciones.

En todos ellos hay, en primer lugar, una preocupación insistente por marcar la diferencia entre infancia espiritual e infantilismo. Guardini, por ejemplo, lo subraya con vigor al comentar la imagen del niño de Mt 18, 1-11 y Mc 9, 33-37:

Tiene la simplicidad de la mirada y del corazón... Jesús, por tanto, no se refiere a ningún sentimentalismo, a ninguna encantadora indefensión o querencia meliflua, sino a la simplicidad de la mirada; a la capacidad de mirar el horizonte, de percibir lo auténtico, y de acogerlo sin pretensiones... Por consiguiente, hacerse niño en el sentido que dice Jesús, equivale a alcanzar la madurez cristiana<sup>44</sup>.

Para los teólogos y los autores espirituales contemporáneos, la gracia del bautismo es la que da fundamento teológico a la espiritualidad de la infancia. En esto se une a toda la tradición, desde los Santos Padres hasta los cristianos de hoy, que buscan las bases dogmáticas de su vida espiritual:

Pues toda la vida cristiana, como toda la santidad, se reduce a esto: ser por la gracia lo que Jesús es por naturaleza: Hijo de Dios. El santo más grande en el cielo es aquel que aquí, en la tierra, ha sido de la manera más perfecta hijo de Dios; es aquel en el que la gracia de la adopción sobrenatural en Jesucristo ha dado sus mejores frutos<sup>45</sup>.

La gracia bautismal, que nos hace hijos de Dios, desarrolla en nosotros el sentido de la paternidad de Dios y de nuestra filiación adoptiva, “la infancia espiritual es la actitud que ve en toda circunstancia al Padre del cielo”<sup>46</sup>. Esta actitud es fundamental para que el Espíritu nos haga clamar: “¡Abbá, Padre!”. Y es indispensable que todo cristiano tome conciencia de su dependencia radical de Dios en cuanto al ser y al hacer. En este sentido, toda la existencia cristiana es una realización progresiva de la condición de hijo de Dios y ha de llevar necesariamente a la santidad.

En consecuencia, la espiritualidad de la infancia espiritual aporta un matiz en la forma que asumimos nuestra actitud filial. El cristiano vive como ‘un niño’, como el pobre de espíritu de las bienaventuranzas, para poder entrar en el reino de los cielos. Y su pequeñez está hecha de confianza absoluta en su Padre del cielo, de audacia tranquila, de entrega amorosa y espontánea, de abandono ciego en la

<sup>44</sup> R. Guardini, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2002, 334.

<sup>45</sup> C. Marmion, *Le Christ dans ses mystères*, Maredsous 1919, 72, citado en “Enfance spirituelle”: *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique. Doctrine et histoire*, IV, Beauchesne, Paris 1960, 711.

<sup>46</sup> R. Guardini, *El Señor...* 334.

providencia materna de Dios, de una conciencia de sí sin cálculo ni egoísmo, de una atención sencilla a Dios, a su amor y a su misericordia.

Finalmente, un alma que se configura así y que acompasa su acción con estos sentimientos y actitudes, que mantiene contra toda circunstancia, adversa o favorable, esta actitud de frescura e inocencia evangélicas –“Los lirios del campo no se fatigan, ni hilan... y, sin embargo, Dios los viste de esplendor” (Mt 6, 28-29)– constituye la forma de ser y de vivir como ‘hijos’ de aquellos que se hacen como niños. Así, la infancia espiritual se presenta, en cuanto a la dependencia evangélica, como una perfección de la vida filial y, en definitiva, como el estado más pleno de la madurez cristiana.

La vida del cristiano –y la vida de la Iglesia– en el mundo presente se parece a lo que Jesús nos dice en la parábola de las diez vírgenes (cf. Mt 25,1ss.). (...) La noche de este mundo es la confusión, la rutina y la mediocridad, la inercia de la vida de todos con sus distracciones. Cuando Cristo nos dice que la opción fundamental del cristiano es la vigilancia alerta, está diciendo, de otro modo, que hemos de mantener despierta nuestra libertad, dispuesta en cada momento a trascender la estupefaciente artificialidad de la vida común con decisiones que afirmen nuestra interior identidad espiritual como hijos de Dios<sup>47</sup>.

## CONCLUSIÓN

Ante los retos que a los cristianos nos toca asumir hoy, y no son menores los de los religiosos y consagrados, podemos estar seguros de que “el Señor llega en los momentos de crisis, cuando somos llamados providencialmente a superarnos y a lanzarnos hacia adelante, en el cumplimiento de nuestro destino personal”<sup>48</sup>. Revitalización, restructuración, santidad... son los temas actuales en la Iglesia y específicamente en la vida consagrada.

La Orden de Agustinos Recoletos no es la excepción. Todo el proceso pasa, sin duda, por una purificación del propio carisma para rescatar en él la quintaesencia e integrarla y dinamizarla a fin de que sea aún creíble y, a través del servicio a los hombres, sus hermanos, el sacerdote, el religioso, el consagrado, se ofrezca, con abandono y confianza en los brazos del Padre, por la redención del mundo.

Decía Thomas Merton en vísperas de su ordenación sacerdotal:

Para el sacerdote en ministerio activo, el crisol de la purificación es la caridad hacia los otros hombres. (Y añadía) Un sacerdote no existe solo para su propia santificación, sino para el sacrificio de Cristo, para el evangelio, para el pueblo y para el mundo. Esto implica su perfección propia, pero la perfección de un sacerdote consiste esencialmente en ofrendar de modo total el sacrificio de Cristo en su propio provecho y en el de la Iglesia. No se pertenece a sí mismo. Un sacerdote no ha de poner la salvación de las almas por encima de su propia salvación. La Iglesia entera gravita sobre él. Y un ordenado no solo ha de sacrificar su voluntad en aras de la virtud de la obediencia, sino entregarla como instrumento para la salvación del mundo y para la pura gloria de Dios<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> T. Merton, *El hombre nuevo*, Plaza y Janés, Barcelona 1974, 142.

<sup>48</sup> T. Merton, *El hombre nuevo...* 143.

<sup>49</sup> Citado en M<sup>a</sup>. L. López Laguna, *Ni ángel ni estatua. El sacerdote en los escritos de Thomas Merton*, Pío X, Madrid 1999, 36-37.

Se puede pensar que ese ideal es demasiado inaccesible. Sin embargo, en este camino de purificación del consagrado, pero también de todos los fieles, porque la filiación divina nos alcanza a todos, podríamos preguntarnos con el famoso monje trapense:

¿De qué sirve un sacerdote [y un bautizado, un seglar, un simple fiel, agregaríamos nosotros] que no confía en Dios ni cree prácticamente en su poder?<sup>50</sup>.

Aquí es necesaria la certeza de que la gracia de Dios no le faltará nunca al que, transitando por el camino de la confianza y el abandono, sabe con fe inquebrantable que Dios terminará en él la obra que ya ha comenzado. Esa gracia que potencia nuestras escasas fuerzas y que nos acompaña siempre cuando nos entregamos confiados, como niños, en brazos de nuestro Padre. Porque sabe que la gracia de Dios suple, en nuestra fragilidad, lo que no podemos alcanzar por nosotros mismos. Porque

Dios no hace nunca las cosas a medias. No nos santifica a retazos. No nos convierte en santos o sacerdotes [o seglares también santos], imponiendo sobre nuestra vida otra vida extraordinaria. Lo que hace es tomar nuestra vida y todo nuestro ser, elevarlo a nivel sobrenatural, transformándonos interiormente; pero, en el exterior, dejándonos tan vulgares como antes éramos<sup>51</sup>.

Eso fue lo que hizo Dios con Teresita del Niño Jesús. Eso es también lo que hará con cada uno de nosotros si sabemos “hacernos como niños” (cf. Mt 18, 3). Ya que cuanto hagamos en el servicio de Dios ha de ser vitalizado con el poder sobrenatural de su gracia. Seguimos escuchando a Merton, cuyo ideario se ajusta perfectamente a lo que venimos tratando:

Mas Dios solo concede la gracia en la medida en que nosotros estamos preparados para recibirla en virtud de nuestra práctica interior de las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Estas virtudes exigen un constante ejercicio de nuestra inteligencia y voluntad; mas el ejercicio de tales facultades frecuentemente queda perturbado por las insuficiencias exteriores que nos ciegan con la pasión y nos apartan de nuestra meta sobrenatural. No es posible evitar tal cosa, mas ha de lucharse contra ella ejerciendo una constante disciplina de recogimiento, meditación, oración, estudio, mortificación de los deseos, y contando por lo menos de un poco de soledad y retiro<sup>52</sup>.

Para alcanzar de Dios el don de la santidad que todos le pedimos –porque todos queremos vivir con más radicalidad nuestra filiación divina– y amoldar nuestra voluntad a la voluntad del Padre celestial, que solo quiere darse y llevarnos por el camino seguro que conduce a él, la providencia divina nos ha dado a estos modelos (Agustín, Teresita del Niño Jesús, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Tomás Merton ¡y tantos otros!), puestos por Dios en el mundo con “misiones que parecen disparadas del cielo sobre la Iglesia”<sup>53</sup>.

Solo requiere de hombres y mujeres que se dejen moldear por su gracia y su sabia mano de alfarero. Hombres y mujeres obedientes, como el santo que pasa a

<sup>50</sup> Citado en M<sup>a</sup>. L. López Laguna, *Ni ángel...* 37.

<sup>51</sup> Citado en M<sup>a</sup>. L. López Laguna, *Ni ángel...* 45.

<sup>52</sup> T. Merton, *El ascenso a la verdad*, Sudamericana, Buenos Aires 1954, 15.

<sup>53</sup> H. U. von Balthasar, *Teresa...* 19.

nuestro lado sin que le notemos nada extraordinario, pero que, atento a la misión de santidad a la que ha sido llamado, la ha recibido y aceptado sencillamente como un puro regalo divino.

Ellos son los santos de lo ordinario y cotidiano, que buscan hacer bien lo que tienen que hacer, que están abiertos y atentos a la acción del Espíritu, buscando siempre vivir en profunda comunión con Dios, asumiendo sus consecuencias para la transformación del mundo.

Quiera Dios que todos los destinatarios de la carta de Fr. Miguel Miró alcancen esa santidad sencilla, la talla humana, espiritual y mística a la que todos somos llamados; para que sepan unir los valores tradicionales cristianos y la riqueza de su carisma y espiritualidad agustino recoleta a fin de que, en los diferentes ámbitos donde son requeridos al servicio de la Iglesia, sigan asumiendo el compromiso evangélico de trabajar por la paz, la justicia y la solidaridad con todas las tragedias del hombre,

y no como demagogia fácil, sino asumiéndolo como experiencia liberadora por una absoluta confianza y abandono a Dios, una total entrega de sí mismos, como para ser comidos por todos; como una eucaristía que prolonga la Eucaristía. (Que aquellos) que están un tanto decepcionados por un tipo de compromiso cristiano sin mística, desprovistos de profundidad, y los que no saben cómo unir su vida interior a tantos y tan desgarradores problemas de la sociedad en que vivimos<sup>54</sup>

encuentren inspiración en el caminito sencillo de la santa de Lisieux y también en la lectura del gran místico trapense que fue Thomas Merton.

ROSI CASTAÑO GÓMEZ  
*FSAR México*  
*Ávila*

---

<sup>54</sup> M<sup>a</sup>. L. López Laguna, *Ni ángel...* 17.





ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA